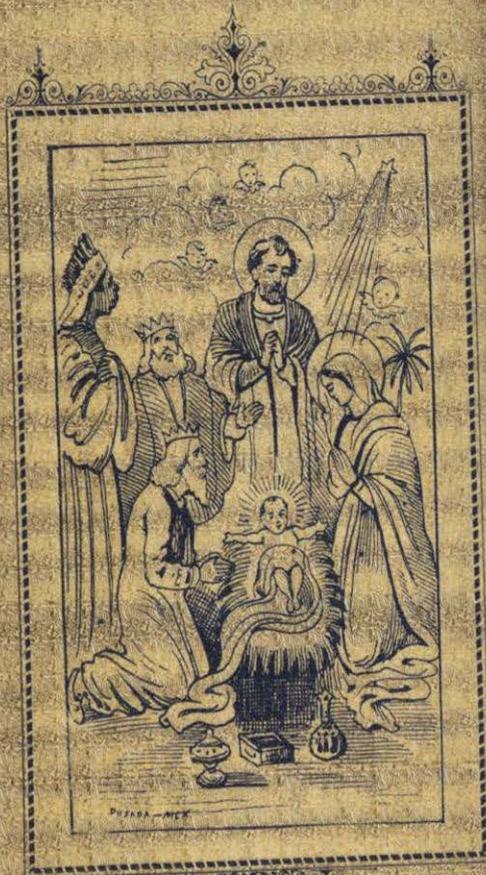




CANTO VI





CARTO VI.

Todo está en paz... El aquilón, tendido
Duerme á lo largo del feroz desierto,
Y apaga poco á poco su ronquido;
Gime el arroyo, y va con paso incierto
Trepazando en las redes que ha tejido
Aquel su antiguo insidiador experto;
En su nido las aves, y las fieras
Duermen en sus silvestres madrigueras.

Sólo el silencio vela cauteloso,
Y de las negras horas cortejado,
Todo explora con paso sigiloso,
Y en guardia está porque no sea turbado
De su reino pacífico el reposo.
El blando Sueño entonces, coronado
De adormideras, lento se adelanta,
Y entra en la gruta con callada planta:

Y una pequeña rama desprendiendo
De su misma corona, y suavemente
El rocío de sus hojas sacudiendo
Del púdico Varón sobre la frente,
Y sus ojos con ella humedeciendo;
Lo arranca sin esfuerzo finalmente
De aquella gran meditación profunda,
Y en el beleño del sopor lo inunda,

En tanto que sus lenguas azuladas
Sacan de entre la cálida ceniza
Las tenues oscilantes llamaradas
De la trémula lumbre, que agoniza
Sin poder ya alejar las embozadas
Sombras que se descuelgan á gran prisa:
Pasa un momento, y la tiniebla fría
Vuelve á ocupar esa caverna umbría.

Mas ¿cómo espera la gentil Doncella
El solemne momento tan deseado?
Inmóvil, firme en sus rodillas, ella
A un éxtasis divino se ha entregado;
Un vívido fulgor su faz destella;
Dulce ensueño en sus labios se ha posado;
Hay en ellos sonrisas celestiales;
El empíreo le ha abierto sus umbrales.

Como el neblí remóntase á la altura
Altivo desdeñando el bajo suelo;
Ella en alas así de su alma pura,
Rauda despliega su potente vuelo;
Y á do nunca ha llegado la creatura,
Se encumbra, sube hasta el más alto cielo,
Y arcanos mil recónditos penetra,
Que descifrando va letra por letra.

El Verbo, el Unigénito Incréado,
Resplandor de la Mente soberana,
El que ha sido dos veces engendrado,
Se le muestra vestido de la humana
Arcilla virginal que ella le ha dado:
Es un niño muy bello que se afana
En estrechar con los más dulces lazos
A su Madre tendiéndole los brazos.

Ella se acerca, y con afan materno
Le oprime entre sus pechos virginales,
Y postrada ante el solio del Eterno,
Le ofrece, cual primicias celestiales,
De su púdico vientre el fruto tierno;
Y luego ante los coros inmortales,
De Jehová lo presenta por mandato
A que reciba adoración y acato.

La corte de la eterna bienandanza,
Ante el Dios humanado prosternóse
Sin mirar esa insólita mudanza,
Y al eco de sus vítores cimbróse
El vastísimo Olimpo, en que esa alianza
Del cielo con la tierra celebróse:
Así toda la excelsa jerarquía
El gran decreto de Jehová cumplía.

Pero ya las regiones estrelladas
Deja la celestial embajadora,
Y desciende del hombre á las moradas
A consolar al mísero que llora,
Y llevarle la prenda tan deseada
De que es ella la grande portadora:
Su vivo anhelo más y más enciende,
Y en raudos sesgos los espacios hiende.

Mas ¿por qué palidece su semblante?
¿Por qué se encrespa esa su frente hermosa?
¿Por qué contra su pecho palpitante,
Su dulce hijuelo comprimió afanosa?
¿Por qué como paloma trepidante
Que el enjuto milán terrible acosa,
Su vuelo rapidísimo apresura
Por las nítidas ondas de la altura?

que un dragón desmesurado, horrendo,
Su camino á cortarle se atraviesa;
Y el puro ambiente con la cauda hiriendo,
Hinchado el cuello, erguida la cabeza,
Y sus fauces ignívoras abriendo;
Se abalanza sobre ella con fiereza,
E intenta su tesoro arrebatarle,
Y en su vientre profundo sepultarle.

Violentando su fuga, desalada,
Emula del relámpago encendido,
Por la celeste bóveda azulada,
De ese monstruo al furor se ha substraído
La divina doncella inmaculada:
Pero éste, más tenáz, más aguerrido,
Por esas playas transparentes vuela,
Y silba y con su cauda se flagela.

Ya debajo la tierra se extendía
Con sus altas montañas y ciudades,
Y ofrecerle un refugio parecía
En sus bosques y vastas soledades,
O en los abismos de la mar bravía,
O entre riscos y alpestrés cavidades;
Mas ella no juzgábase segura
Ni en la sima más honda y más obscura.

No lejos de los montes de Judea,
Gran tajo vió bajo sus pies abrirse
En las orillas de pequeña aldea
Que entre el follaje parecía encubrirse:
La madre respiró, no titubea;
Y como aquel que próximo ya á hundirse
Entre el férvido oleaje blanquecino,
Una roca aferró con desatino:

De este modo, solícita, afanosa,
La vista aún volviendo, de repente
Se precipita en esa gruta umbrosa,
A su hijuelo oprimiendo fuertemente.
No la mira salvaje ni escabrosa;
Parécele un oasis; prontamente
Va á colocar el fruto de su seno
Sobre unas hojas, sobre blando heno.

En ese mismo instante ¡Oh maravilla!
¡De su éxtasis profundo despertaba!
Huye la noche; todo el antro brilla,
La increada luz en él se transbordaba;
Y la amorosa Virgen sin mancilla,
Madre ya, en el pesebre reclinaba
Un infante más bello y más gracioso
Que el húmido lucero fulgoroso.

Sus primeros vagidos resonaron
Por el cóncavo espacio, y al oído
Del Esposo castísimo llegaron,
Quien súbito del sueño ha removido
Las brumas que en sus ojos se posaron;
Y por extraña fuerza sacudido,
Por un delirio de amorosa fiebre,
Con ímpetu se lanza hacia el pesebre.

Crejóse traicionado por sus ojos,
Que con mano convulsa restregaba;
Y, pávido arrojándose de hinojos,
Ante el grande Jehová, que se ocultaba
En los mortales míseros despojos,
Profunda adoración le tributaba,
Mientras el llanto entre emociones tales,
Corría por sus mejillas en raudales.

Entretanto el temor, la reverencia
En el pecho materno toman creces,
Luchando de su amor con la vehemencia:
La Virgen anhelante por tres veces
Quiso al niño abrazar, y con violencia
Le daba el corazón broncos reveces;
Pero él, con nuevo afán, nueva porfía,
Sus pequeñuelas manos le extendía:

Chispeaban sus ojuelos más vivaces,
Y parecía su trémula boquita
Buscar acentos y elocuentes frases.
Ella al fin se resuelve; ya no hesita;
Hizo el temor con el amor las paces;
En calma ya, su corazón palpita;
Le da un beso, lo estrecha y semblantea;
Hijo, decirle quiere, y balbucea.

¡Ay! ya gime el Dios párvulo, ya siente
Sus delicados miembros ateridos
Que muerde sin piedad el frío inclemente;
De cárdena violeta están teñidos
Sus frescos labios, y el helado ambiente
Casi le roba pulsos y sentidos:
De nuevo se desata el melenudo
Cierzo en su contra, y lo flagela crudo;

Y la angustiada Madre, que carece
De fajas y de cálidos pañales,
Hondamente se affige, se enternece,
Le hacen nudo sus brazos maternos,
Ya de sus pechos el calor le ofrece,
Ya sus jugos purísimos vitales:
Al fin lo vence, sin doblar su empeño,
Y anídase en sus párpados el sueño.

¿Oís? retumba el trueno; las erguidas
Cúspides del Olimpo han retemblado,
Degárranse las nubes aturdidas,
Y escúchase el crugir desmesurado
De ponderosas ruedas, impelidas
Por el ardiente torbellino alado:
Crezérase el empíreo desplomarse,
Y los hondos abismos desgajarse.

Se dividen, se rompen de repente
Esas ásperas bóvedas musgosas;
Y, envuelto en una nube refulgente,
Entre aladas falanges numerosas:
El Sumo Padre, el mismo Omnipotente,
Que del caos arrancó todas las cosas,
Y se ha dolido de la estirpe nuestra,
En su imponente majestad se muestra.

Es plácido su rostro y muy amable;
Parece que sus brazos extendiendo
A su eterno Unigénito adorable,
Que el peso del dolor ya está sintiendo,
En El vierte su amor inagotable,
Que, cual tímido piélago, rompiendo
En fuerte evolución, toda barrera,
Inunda ya la humanidad entera.

No es el que antes, sañudo y furibundo,
La flamígera espada enrojecida,
Vibraba por los ámbitos del mundo;
El que en hirviente oleaje sumergida,
(Espantoso castigo sin segundo)
Dejó la humanidad envilecida,
Y en escuálidas playas soñolientas
Ha trocado ciudades opulentas.

El que toca los montes arrogantes,
Y en hórridos volcanes se convierten,
O en medio de sus iras fulminantes
Los vuelca de su base y no lo advierten;
El que sobre las ondas espumantes
Pone la planta, y ellas sangre vierten.
¡No es el mismo Jehová! ¡Se ha transformado!
Hoy un Niño lo tiene encadenado.

Del León indomable los rugidos
Que todo el orbe sacudían, ahora
Se han cambiado en los débiles vagidos
De un tierno infante que suspira y llora,
Y sus pálidos labios comprimidos
Mueve, y parece que piedad implora,
Que implora de su Padre la clemencia
Para salvar la lútea descendencia.

¡Ata débil criatura la gran mano
Que en tres dedos sostiene el ponderoso
Globo del universo! ¡El barro humano
Surge como un atleta vigoroso,
Y triunfa del Monarca soberano!
Y el inflexible Númen, amoroso
Padre se muestra del mortal que gime,
Porque un delito abrumador le oprime.

Ya entretanto etérea jerarquía
La gran ventura del mortal cantaba,
Del cautivo que en rey se trocaría;
Y por el aire puro combinaba
De sus arpas y plectros la armonía
Que el crótalo y el sistro reforzaba:
Cantos y aromas toda el aura llenan,
Y así de un himno las cadencias suenan:

“¡Gloria, gloria al Altísimo, al Eterno,
Al inmenso Jehová que allá en la altura
Ha sentado su trono sempiterno,
Y su bondad derrama sin medida!
Vibre su nombre hasta el profundo Averno;
Tiemble el tirano de la noche oscura,
Y se llene de pánico, y se asombre
Al verse ya bajo los pies del hombre.

“Alza tu vista al cielo, Raza humana,
Embriágate de dulces alegrías,
Conoce tu grandeza soberana:
Ya las mismas celestes jerarquías
De cerca te saludan como hermana;
Y si antes compasión nos infundías,
Hoy con pasmo y envidia te miramos,
Y tus ínclitas glorias celebramos.

“Ya sobre tí descienda sonriente
De los altos etéreos pabellones
La blanca paz, y fije eternamente
Su reino del mortal en las mansiones;
Y del amor á impulso, dócilmente
Ríndanse los humanos corazones.
¡Triunfa el amor y canta su victoria!
¡Gloria al eterno Amor, eterna gloria!”

Las notas de ese cántico armonioso
Que se entonaba por la vez primera,
El hombre ha recogido cuidadoso,
Y no ha cesado la terrestre esfera
De repetirlas con el mismo gozo,
Desde que el alba surge placentera,
Hasta que el sol, cayendo tras los montes,
Enluta los tendidos horizontes.

Y aun entonces no cesan de escucharse,
Y, entre el humo del fúlgido incensario,
A las altas regiones elevarse,
Y penetrar de Dios en el santuario:
El ave las modula al despertarse,
La noche al envolverse en el sudario;
Y esos ecos tan dulces retiñendo,
El vuelo de los siglos van siguiendo.

Sigue también tu vuelo, Euterpe mía.
No lejos de esa gruta luminosa,
Una fértil campiña se extendía
Que en la estación fecunda y ardorosa
De ondulantes espigas se vestía:
Allí, al soplar la brisa cariñosa,
El idilio de Rut incomparable
Reproducirse parecía incansable.

Laníferos rebaños triscadores
Allí entonces pacían diseminados
Entre aquellos pacíficos alcores,
Por la escarcha invernal casi tostados;
Y á la intemperie, un grupo de pastores,
En torno de una hoguera recostados,
Entre amigable plática velaban,
Y al aquilón y al sueño rechazaban.

Parecen todos con atento oído
Y semiabierta boca estar pendientes
De Efraín, mayoral, joven garrido,
Vivaz y de palabras elocuentes,
Quien, rústico magüer, un tanto instruido,
Entre aquellos sus dóciles oyentes,
Las velas desplegando de su ciencia,
Así hablaba con rústica elocuencia:

“¡El hombre!; sér mezquino! Ya en su cuna
Arrúllalo el dolor; su voz primera
Se asemeja á la voz con que importuna
El cervatillo, herido en la encinera,
A la impotente madre: no hay alguna
Hora de su existencia pasajera
Que el sello del dolor no haya marcado,
No hay un solo momento sosegado.

“Desde que el padre de la estirpe humana
Contra su amante Padre rebelóse,
Oyó bramar la tempestad lejana,
Al rugido del tigre estremecióse,
Vió lágrimas verter á la mañana,
La eterna primavera disipóse;
Y desde entonces toda la natura
Contra el hombre azuzó cada criatura.

“Quiso él coger una purpúrea rosa,
Y con su sangre la tiñó primero;
A su boca acercó la miel sabrosa,
Y el melífero insecto, prisionero,
Dejó en sus labios huella dolorosa;
Corrió por la montaña y el otero,
Y ahogado se sintió por la fatiga,
Y de un árbol buscó la sombra amiga.

“En madrastra trocándose la tierra,
Quiso beber del hombre los sudores
Para ablandar los gérmenes que encierra,
Ya fecundos en jugos nutritores;
Y hasta el más vil insecto movió guerra
Del campo á los tostados labradores;
Las estaciones mismas conspiraron;
Nubes, pedrisco y vientos desataron.

“Vaga el hambriento lobo insaciable
Siempre atisbando al tímido rebaño
Con siniestra pupila formidable,
Fraguando siempre destrucción y daño;
Y aun le roba al pastor el sueño amable,
Quien de industria valiéndose y amaño,
Rechaza á mala pena al adversario,
Y un hórrido mastín le es necesario.

“¡Oh valle, oh monte, oh rumoroso río,
Que al aura comunicas tus querellas!
¡Oh soledad, oh páramo sombrío!
¡Oh regiones pacíficas y bellas!
¡Zagales que velais al lado mío,
A la pálida luz de las estrellas!
Felices sois porque en aquestos sotos
Del mundano vaivén vivís remotos.

“No habeis aún vosotros escuchado
Cómo el piélagó horrísono rebrama
Cuando espumoso, cresco, empenachado,
Sobre un frágil esquife se derrama,
Y azótalo feroz de lado á lado:
El nauta en vano contra el monstruo clama,
Y aquella muchedumbre, ávida de oro,
Perece con la nave y su tesoro.

“No habeis visto en los campos de la guerra
Sangre fraterna hervir, cálida, humeante;
Cubrirse de cadáveres la tierra;
Y á la muerte, en sus triunfos arrogante,
Atizar esa rabia que se encierra
En el humano pecho tumultuante,
Y al vencedor cebando sus enojos
Del vencido en los míseros despojos.

“No habeis visto agitarse las entrañas
Del pacífico hogar: pérfida esposa
Brindar infame con astutas mañas
A su consorte linfa ponzoñosa;
Y hermanos, como fieras alimañas,
Mezclarse en cruda riña sanguinosa,
Y, dominado de furor insano,
El hijo contra el padre alzar la mano.

“Montes hirsutos, fértiles colinas,
Auras que murmurais en la espesura,
Mansos arroyos, fuentes cristalinas,
Decidme si vosotras, por ventura,
¡Ah! sabeis en qué cunas marfilinas,
O en qué remoto bosque, ó gruta oscura
Pueda encontrarse el grande, el prometido
Reparador del hombre desvalido.

“Decidme si respira auras vitales
El Salvador del mundo, por quien tanto
Hemos ya suspirado los mortales,
Siempre el suelo regando con el llanto:
Pues Él se ha de doler de nuestros males,
En gozo Él trocará nuestro quebranto;
Decidme, y sin descanso noche y día
Lo buscaré con pertinaz porfía.